

# LECCIÓN DE RETÓRICA

VERSIÓN DE UNA OBRA DE NIETZSCHE

**JOSÉ FRANCISCO RODRÍGUEZ L.**

Profesor Escuela de Filosofía y Humanidades UPTC

**Resumen:** La *Lección de Retórica* la escribió Nietzsche para uno de sus cursos en Basilea; aquí se presenta una versión resumida y sin referencias textuales de modo que un lector novato tenga menos obstáculos para seguirla. Se edita con subtítulos que no existen en el original, útiles para agrupar temáticamente una exposición que originalmente se presentó de forma secuencial. En este sentido se trata de hacer una presentación didáctica acerca del origen griego de la retórica, del vínculo que tiene con el alma helénica, de su función política y filosófica. Cierra el escrito con un catálogo de las principales figuras literarias que adornan la escritura y el pensamiento.

*The Rhetoric Lesson* was written by Nietzsche for one of his classes in Basel; this is an abridged version, without the corresponding textual references, that allows less obstacles for the amateur reader. It appears with subtitles that do not exist in the original, useful for the thematic grouping of a conference that originally was presented in sequential form. Nietzsche provides us with a didactic presentation about the Greek origin of rhetoric, its bond with the Hellenic soul, and its political and philosophical function. The text ends with a catalogue of the principal Hellenic literary figures that adorn writing and thought.

## PRESENTACIÓN

La retórica ejerce oscuras y profundas fascinaciones en los hombres de todas las latitudes y, unida a la elocuencia, hipnotiza. Platón insistía en que la argumentación era para los estudiosos, y la retórica para las masas. En un momento somos los unos, en otro momento los otros y en los cursos de argumentación proponemos ser siempre los unos y no los otros.

El poder sonoro de la palabra fascina en la misma medida que las fábulas, por razones no siempre claras. ¿Cómo explicarnos la reverencia y los aplausos por la subida intervención de Serpa defendiendo a Samper en el Parlamento, con falsete incluido, y luego catapultado a candidato presidencial? El país odiaba a Samper, pero amó a Serpa. La lealtad emocionada al amigo caído en desgracia,

trae dividendos. Fueron cinco o seis horas de labia continua, de las que hoy sólo recordamos la *mamola*, simbolizada por la lora de *¿Quiere Cacao?*. La elocuencia, el verbo torrencial, la palabra acalorada, con orden y ritmo, cumple, y seguirá cumpliendo, su función persuasiva.

Los restos de retórica que podemos recordar de la intervención de Serpa son fósiles villaleivunos de una actividad olvidada, prehistórica, para la memoria colectiva nacional. Como lo fueron las intervenciones en el Congreso colombiano en las épocas doradas de las décadas del treinta y el cuarenta, del *Tigrillo* Noriega Senior, Alzate Avendaño, Laureano Gómez y Jorge Eliécer entre otros. Cuando el programa de los viernes no era irse de rumba a La Calera o a la Zona Rosa, sino sentarse a escuchar por radio las intervenciones en directo de los políticos. O pagar entrada al Teatro Municipal, para verlos *discoursear*.

Un aspecto curioso de este fervor por la palabra, lo retrata con gracia y, desde luego, con sorpresa, el embajador de Bolivia en nuestra patria querida, por los años treinta. El pobre embajador, con un sueldo de hambre y sin oficio específico, se la pasaba *tintiando* en los alrededores de *El Tiempo*: del Hotel Granada al Automático y del Windsor al Colonial; buscando charla para entretener el páramo. En esas lo sorprendió la nueva de su cesación de cargo por golpe de estado en su patria, y se vio obligado al encierro por iliquidez absoluta y sin posibilidades de regresar a la casa. Los vínculos políticos con el gobierno saliente o *salido*, se lo impedían. Para matar el tiempo escribió sus Memorias (más vago uno que se pone a leerlas), donde nos cuenta, con algún detalle, aspectos de la vida política de la Bogotá cachaca de esa tercera década.

Un hecho simpático, digno de su dilatada memoria, era el referente a la relación de los parlamentarios con el periódico *El Tiempo*. Los periodistas asistían al Capitolio a observar los debates con el objeto de tener noticias frescas para el otro día. Al final de las sesiones invitaban al orador más destacado de la jornada a la sede del periódico, para publicarle su discurso.

Pero había un problema. Los oradores improvisaban sus intervenciones y en aquel entonces no existían las grabadoras. Para suplir las deficiencias tecnológicas se encerraban con el periodista en alguno de los cubículos del diario, a recomponer la escena parlamentaria. El orador retomaba el hilo y comenzaba de nuevo como si estuviera en lisa. Lo que era un deleite para los que se habían perdido el debate en directo. Con un agravante, dado que el discurso ahora no iba a la velocidad del debate, sino a la velocidad de la máquina de escribir, la transcripción podía extenderse hasta la media noche. Pero como la vanidad es tan grande y los deberes patrios llaman, los prohombres se sometían a la exigencia.

Es cierto que esas fueron las épocas doradas, pero podemos estar tranquilos: las transmisiones de los martes por Señal Colombia continuarán hasta el fin de los tiempos. La retórica no va a desaparecer, sería como apostarle a la extinción del lenguaje, y esa tragedia no está a la vista.

Esta realidad nos puso en el camino de rescatar la **Lección de Retórica** de Nietzsche, entre otras razones porque siendo tan perverso el significado del término retórica en la cultura actual y estamos tan predisuestos con todo lo que huele a lo mismo, que bien podríamos parafrasear a Primo de Rivera cuando dice: “cada que escucho la palabra cultura (retórica) echo mano a mi revólver”.

Esta obra de Nietzsche, espero, en parte deshace el entuerto. Y nos muestra que el amor por la palabra, bien puede acercarse al amor por la sabiduría. Ahora bien, como **no** la transcribiremos en su versión original, el presente trabajo amerita una aclaración necesaria.

### Aclaración Necesaria

No existe nada más triste para el amante de los buenos libros que ver en los supermercados, en los estantes de las gasolineras y en el semáforo de la esquina, las grandes obras de la literatura universal en la versión **Condorito**: *El Quijote de la Mancha*, en cien páginas y dibujos incluidos, *La Divina Comedia* en formato de bolsillo, o *Los Miserables* de Víctor Hugo, “*compre la revista y le encimamos el librito*”. Es cierto, por las artes de la pedagogía, esas obras en versión íntegra, en la adolescencia, son un ladrillo cuando más deberían producirnos felicidad, pero son una maravilla del espíritu en la adultez, en el idioma que los pongan.

Si estamos de acuerdo en catalogar de crimen procedimientos divulgadores de este tipo, ¿cómo entonces, venimos a proponer una versión popular y *light* de la obra de un pensador duro y maduro como Nietzsche? El atrevimiento amerita por lo menos una disculpa —aunque, para ser franco, me gustaría persuadirlos de la necesidad de hacerlo en este caso—.



Nietzsche no es precisamente el pensador de mis afectos; creo que, en general, sus obras abundan en afirmaciones gratuitas, generalizaciones grandilocuentes y ocurrencias injustificadas que le han dado esa fama, y ese aire de profeta de la postmodernidad.

Sin embargo, no todo puede ser malo todo el tiempo. Existe un texto que no editó en vida, pero que sus epígonos rescataron del olvido y del cual existe, con la presentación de Savater, una versión al español. Se trata del *Libro del Filósofo*, seguida del **Curso de Retórica**; correspondientes a notas de clase halladas en su archivo: muy bien elaboradas, muy sesudas y eruditas, pero notas al fin y al cabo: reiterativas, desordenadas y sueltas.

**El Curso de Retórica** son sesenta y cinco páginas donde se presentan de manera muy personal y minuciosa las ideas que pensaba desarrollar en la Universidad de Basilea durante el segundo semestre académico del año 1871. El curso comienza con una contextualización del papel que la retórica jugaba en la cultura griega, seguida de una historia de su evolución, de los fines que per-

sigue esta ciencia, las definiciones adelantadas por los griegos y latinos y, en fin, se ocupa de los usos y las técnicas retóricas más efectivas a la hora de persuadir. Se trata, como podrá constatar quien lea el libro, de una visión sustancial de la materia, que da luces acerca de los tópicos del buen decir con fines de seducción; arte sobradamente desacreditado en los siglos recientes.

Es curioso advertir que más allá de su capacidad comunicadora e informativa, Nietzsche se anticipaba ya al filósofo belga Chaim Perelman en el rescate de la retórica, como un arma valiosa en el ejercicio intelectual y filosófico; al paso que nos advierte acerca de la vitalidad de que goza y de los peligros que corremos si llegamos a caer en el tecnicismo vacío de los escolásticos.

Pero hay un problema adicional: **El Curso de Retórica** no estaba pensado como un libro. Son apuntes y así se editaron, con todo y las interpolaciones en griego, latín y alemán. Adicionalmente, Nietzsche agrega comentarios, observaciones, generalizaciones y, valga la pena decirlo, repeticiones que hacen pesada y engorrosa la lectura para una persona que no haya estudiado filosofía a nivel universitario. Es decir, para una persona ajena al néctar de la filología, al gusto por descubrir verdades escondidas acudiendo al diccionario.

De modo que, no queriendo desaprovechar la oportunidad, reeditamos un texto que, si bien se consigue en su versión crítica multilingüe, puede ser de enorme utilidad llevado a una edición popular, breve y coherente, donde no aparezcan las citas, ni las referencias bibliográficas, ni los comentarios interpolados, de forma que un cristiano de a pie pueda sacarle gusto y provecho a un trabajo valioso e interesante.

En nuestro medio no abundan materiales sobre retórica y menos en un lenguaje asequible; mi tarea, por consiguiente, será presentar de forma continua un trabajo discontinuo, esforzándome al máximo por eliminar las costuras. De hecho la mayor parte de los subtítulos son míos.

Espero al menos invitarlos a que lean el texto original. He dejado algunas palabras en latín y en griego, con el ánimo de conservar parte del sabor de ‘apunte’ y no por que informen más por sí mismas.

A continuación el texto de Nietzsche en la reelaboración que propongo.

## 1. CURSO DE RETÓRICA

### 1.1 INTRODUCCIÓN

Si, a pesar del carácter común de sus ideas los poetas parecen haber alcanzado tal fama por el encanto de su lenguaje, pues el primer discurso fue poético. Todavía hoy, la mayor parte de la gente inculca cree que estos oradores hablan del modo más bello.

Todo arte comporta un determinado grado de retórica. Esta característica apareció como esencial en el personaje histórico-mítico Empédocles: un ser intermediario entre dios y hombre lo constata: el primero está presupuesto, el segundo, el mítico, es construido, o autoconstruido, con un cálculo en vista del efecto a lograr sobre el gran público.

Es muy raro que, como artista, alguien descubra realmente su subjetividad: la mayor parte la disimula adoptando una manera y un estilo: el lugar natural de la retórica.

Diferencia capital se da entre arte leal y arte desleal. En general, el arte presuntamente objetivo no es más que un arte desleal. La retórica es más leal, pues admite su voluntad de engañar. No quiere expresar de ningún modo la subjetividad, sino un cierto ideal del sujeto, el hombre de Estado poderoso, etc., tal como se lo imagina el pueblo. Todo artista empieza de un modo desleal: hablando como su maestro.

## 1.2 APOLOGÍA DE LA RETÓRICA.

(Donde se muestra la importancia que la retórica tuvo entre los griegos. Cuál fue el papel en la cultura clásica, y qué aprendimos los modernos. Finalmente viene una aclaración acerca de las diferencias entre un lector moderno y uno antiguo.)

Los griegos cultivaron **la elocuencia** con un interés y una constancia superiores a los que pusieron en cualquier otro campo; emplearon una energía cuyo símbolo podría ser la educación que Demóstenes se impuso a sí mismo; es el elemento más tenaz de la esencia griega, el que persiste mientras ésta decae, transmisible y contagioso, como vemos en los romanos y en el mundo helenístico: aparece constantemente una nueva floración que ni siquiera desaparece con los grandes oradores universitarios de la Atenas de los siglos III y IV. Los efectos de la predicación cristiana se explican a partir de este elemento; el desarrollo de la prosa moderna depende indirectamente del orador griego, directamente, en verdad, sobre todo de Cicerón. La helenidad y su fuerza se concentran progresivamente en el saber-discurrir que, desde luego, contiene también su destino. Dice lisa y llana-

mente Diodoro: “Resultaría difícil señalar una cualidad más alta que el discurso. En efecto, gracias a él los griegos superan a otros pueblos, a los cultos y a los incultos; por otra parte, únicamente gracias a él puede un individuo dominar a toda una multitud; pero es preciso decir, en términos absolutos, que las cosas no aparecen más que como las presenta la fuerza del orador”. Esto era lo que se creía sin ninguna reserva, y por esto Calístenes afirmaba que de él dependía la suerte futura de Alejandro y de sus hazañas. No habría venido a aprovecharse de la gloria de Alejandro, sino a conseguirle la admiración de los hombres; la creencia en la divinidad de Alejandro no dependería de las patrañas de Olimpia relativas a su nacimiento, sino de lo que él, Calístenes, diese a conocer en relación con sus hazañas. La pretensión más ilimitada de poderlo todo en cuanto retóricos o estilistas atraviesa la antigüedad de un modo para nosotros inconcebible. Tienen en sus manos “la opinión sobre las cosas” y, por tanto, los efectos de las cosas sobre los hombres; esto es, lo que saben. Para ello, evidentemente, es preciso que la humanidad misma haya recibido una educación retórica. En el fondo, la educación superior “clásica” de hoy en día mantiene en buena parte esta concepción antigua con la salvedad de que ya no se propone como fin el discurso oral, sino más bien su imagen debilitada, el saber-escribir. Una educación que trata de enseñar el afecto por el libro y por la prensa: he aquí el substitutivo de la antigüedad en nuestra cultura. Como contrapartida, la formación de nuestro público es infinitamente más rudimentaria que en el mundo helenístico-romano; entonces existe la posibilidad de tener los mismos efectos con medios mucho más burdos y toscos; la delicadeza o se descarta o provoca la desconfianza; en el mejor de los casos tiene un pequeño círculo de degustadores.

Nadie crea que un arte así cayó del cielo; **los griegos trabajaron en él más que ningún otro pueblo** y más que en cualquier otra cosa (lo que equivale a decir que intervinieron muchísimos individuos). Sin duda ninguna, hubo desde el principio una elocuencia natural inigualable, como la que aparece en Homero; pero no se trata de un comienzo, sino del final de un largo desarrollo cultural, del mismo modo que Homero no es más que uno de los últimos testimonios de la religión antigua. El hombre formado en una lengua así, la más apropiada de todas para la palabra, fue insaciable en materia verbal, donde no tardó en manifestar placer y discernimiento. Ciertamente existen diferencias de familias, bruscas tendencias inversas prácticamente hijas de la saciedad, como por ejemplo la *brachylogía* (expresión breve) de los dorios (sobre todo de los espartanos), pero en conjunto **los griegos demostraron ser los hombres del discurso** -frente a los sinlengua, los no griegos (Sófocles)- y además, del discurso razonable y bello -frente a los bárbaros, los que “croan” “bárbaros” y “batracios”.

*Ars y téchne* designan a la técnica retórica por excelencia: he aquí algo muy característico de un pueblo de artistas.

**El placer del discurso bello** se reserva su propio ámbito, donde no es cuestión de necesidad. El pueblo de artistas busca una respiración, quiere hacer del discurso algo realmente bueno. Pero los filósofos no lo han entendido así (prácticamente no comprenden en absoluto

el arte que estremece la vida en su derredor, ni tampoco la plástica), lo cual origina una hostilidad violenta e inútil.

El modo *epidíctico* (el discurso orientado al elogio) aspira a actuar sobre el lector; así, es posible formarse una imagen del **lector griego** de la época de Isócrates: es lento, saborea cada frase frenando el ojo y el oído, acoge un texto escrito como un vino de marca, siente en sí mismo todo el arte del autor; escribir para él es todavía un placer, pues no hay necesidad de aturdirse, de embriagarse, de arrastrarle violentamente, ya que se encuentra realmente en la disposición natural del lector: el hombre de acción, el apasionado, el que sufre no es lector. Sereno, atento, tranquilo, ocioso, alguien que todavía tiene tiempo: he aquí el destinatario del período redondo, bien proporcionado, pleno, de las sonoridades armoniosas, de un arte que utiliza procedimientos no excesivamente sazonados; sin embargo, es un lector que se ha formado como oyente del discurso práctico y que, en el sosiego de la lectura, afina aún más su oído, al margen de las pasiones dramáticas

del discurso oral; no hay por qué permitirse hacerle caer en la cuenta de los *histos*, será capaz de reconocer y apreciar con el oído las formaciones rítmicas, no se le escapa absolutamente nada. El arte de Isócrates supone que el lector existía ya en aquella época; experimenta ahora un desarrollo formidable y, en correspondencia con él, está también el escritor, que ya no piensa en el discurso oral. Nos encontramos entonces ante la especie más fina y más exigente de la





escucha y ante la expresión más rigurosa, la de la escultura. (Entre nosotros el lector prácticamente ha dejado ya de ser oyente, por lo cual, quien pone la mira en el discurso oral trabaja hoy con mucho más cuidado: el mundo al revés).

## 2 . EL SIGNIFICADO DE LA RETÓRICA. Para los antiguos y para los modernos.

El extraordinario desarrollo de la retórica constituye una de las diferencias específicas entre los antiguos y los modernos. En la edad moderna, este arte es objeto de un desprecio general y cuando nuestros modernos lo utilizan, a lo más que llegan es al diletantismo y al empirismo burdo. En general, el sentimiento de lo *verdadero* está mucho más desarrollado, en tanto que la retórica hunde sus raíces en un pueblo que todavía vive en imágenes míticas y desconoce la verdad absoluta de la fe histórica, que prefiere la persuasión a la enseñanza, aparte de que la falta de recursos en que se encuentra el hombre en la elocuencia forense debe dar lugar al arte liberal. Se trata de un arte esencialmente *republicano*: hay que haberse habituado a tolerar las opiniones y puntos de vista más extraños e incluso a sentir un cierto placer en la contradicción; hay que escuchar con la misma satisfacción con que se habla y, en cuanto oyente, hay que estar en condiciones de apreciar poco más o menos el arte en cuestión. La formación del hombre antiguo culmina habitualmente en la retórica: se trata de la más alta actividad intelectual del hombre político perfecto: ¡He aquí una idea que nos resulta absolutamente extraña! dice **Kant** expresándose con total claridad:

*“Las artes de la palabra son la elocuencia y la poesía. La elocuencia es el arte de realizar una*

*tarea de entendimiento como si se tratara de un libre juego de la imaginación; la poesía es el arte de conducir un libre juego de la imaginación como una actividad del entendimiento. Así, el orador anuncia una tarea y la anuncia, a fin de divertir a los oyentes, como si se tratase simplemente de jugar con las ideas. El poeta no anuncia sino un juego divertido con ideas, pero son tantas las cosas que de ese juego resultan para el entendimiento que da la impresión de no haber tenido más intención que la de realizar la tarea de este”.*

Esta es la característica específica de la vida helénica: las tareas todas del entendimiento, de la seriedad de la vida, de la necesidad e incluso del peligro deben aceptarse como un juego. Durante mucho tiempo los romanos fueron naturalistas en retórica, comparativamente secos y rudos. Ahora bien, la dignidad aristocrática del hombre de Estado romano y su múltiple actividad jurídica son ya un indicio: en general sus grandes oradores eran poderosos hombres de partido, en tanto que los oradores griegos hablaban en nombre de los partidos. La conciencia de la dignidad individual es romana, no griega. Las siguientes palabras de **Schopenhauer** (*El Mundo como Voluntad y Representación*) se adaptan mejor a la concepción humana de la retórica:

*“La elocuencia es la facultad de hacer compartir a los demás nuestras opiniones y nuestra manera de pensar las cosas, de comunicarles nuestros propios sentimientos, en una palabra, de hacerles simpatizar con nosotros. Por nuestra parte, debemos llegar a este resultado haciendo penetrar por la palabra nuestros pensamientos en su cerebro, con tal fuerza que los suyos se desvíen de su dirección primitiva para seguir los nuestros que los arrastrarán en su flujo. El logro será tanto mayor, cuanto mayor sea la divergencia entre la dirección natural de sus ideas y de las nuestras”.*

Schopenhauer acentúa la importancia primordial de la personalidad individual en el sentido romano, en tanto Kant insiste en el libre juego desplegado en las tareas del entendimiento en el sentido griego.

### 3. DEFINICIONES DE LA RETÓRICA

En general los modernos son imprecisos en sus definiciones, mientras que en la antigüedad se rivalizaba incesantemente -sobre todo los filósofos y los oradores- por lograr una definición correcta de la retórica.

#### 3.1 Coraz y Tisias: la retórica no es una episteme.

Según los Sicilianos Coraz y Tisias, “la retórica es dueña de la persuasión”; para los dorios la retórica es la “creadora” y “dueña” de la persuasión; en los Estados dorios esta es la denominación que reciben los individuos investidos de la más alta autoridad. La misma definición aparece en Gorgias y en Sócrates quien, más prosaicamente, la transcribe por *peithous* como opuesta a la *epísteme*.

#### 3.2 Platón: Una relación dialéctica de Amor y odio por la retórica

Platón la odia cordialmente. Tras definirla como un artificio -la sitúa al mismo nivel subalterno que el arte culinario-, el arte de adornarse junto a la sofística. De todos modos hay indicios de una concepción distinta de la retórica en sus obras. Se exige al orador que, apoyándose en la dialéctica, adquiera conceptos claros sobre las cosas a fin de poderlos introducir con entero conocimiento en la exposición. Debe mante-

nerse en el ámbito de la verdad para dominar también lo verosímil y apresar a sus oyentes con el lazo de la ilusión. Más adelante se le exige saber excitar la pasión de sus oyentes para así dominarlos. Esto requiere un conocimiento exacto del alma humana y del efecto que los diversos tipos de discurso producen sobre la sensibilidad. En consecuencia, la formación de un verdadero arte de la oratoria presupone una preparación muy amplia y profunda; el hecho de que la misión del orador consista en persuadir a sus oyentes apoyándose en lo verosímil, no modifica en nada estos presupuestos. Por otra parte, en 273e, Sócrates afirma que “quien haya encontrado esta cima del saber no se contentará con tareas subalternas: en este caso el objetivo supremo consiste en hacer compartir a los demás el saber adquirido.

Ahora bien, el segundo objetivo es mucho más elevado. Sin embargo, no hay que excluir radicalmente el uso de la retórica, pero sin convertirla en oficio, en una profesión. En el *Político*, separa la *didache* de la retórica, y asigna a esta última la misión de persuadir. Así, Platón, presenta al verdadero filósofo, Sócrates, enseñando tanto científicamente, como de un modo popular, retórico. La parte *mítica* de los diálogos es su lado retórico: el contenido del mito es lo verosímil y, por tanto, su misión no es la de enseñar, sino la de suscitar en los oyentes una *dóxa*.

Al igual que las escritas, las com-

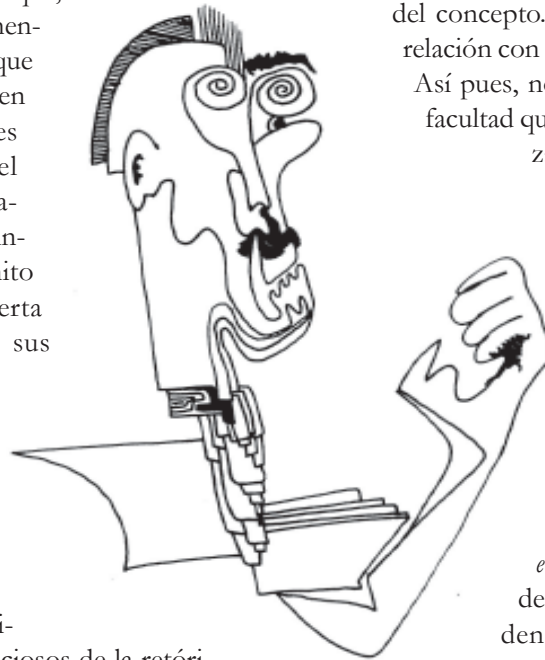




posiciones retóricas únicamente están destinadas al atractivo. Se acude al mito y a la retórica cuando la escasez de tiempo impide una enseñanza científica. Citar testigos es un procedimiento retórico: así los mitos platónicos son introducidos llamando a testigos.

Interesa mucho señalar que en la *República*, Platón distingue dos tipos de discursos: los que encierran la verdad y los que mienten; los mitos sustituyen a los segundos. Platón los considera justificados; a Homero y a Hesíodo no les acusa de haber mentado, sino de no haberlo hecho correctamente. Así mismo, se afirma resueltamente que,

en ciertos casos, la mentira puede ser útil y que los gobernantes deben estar en condiciones de utilizarla para el bien de los ciudadanos. De este modo introduce todo un mito para grabar una cierta idea en el alma de sus contemporáneos, y entonces no tiene ningún inconveniente en acudir a la mentira. En su polémica contra la retórica, Platón denuncia primero los fines perniciosos de la retórica popular y, en segundo lugar, la preparación burda insuficiente y no filosófica de los retóricos. Sólo le concede algún valor cuando se apoya en una cultura filosófica, cuando persigue un fin justo, esto es, los fines de la filosofía.



### 3.3 Aristóteles: la retórica como un campo

#### de la filosofía.

Únicamente disponemos de dos obras antiguas sobre la retórica; todas las demás aparecieron varios siglos después. La primera, *La Retórica* de Alexandrum, no tiene nada que ver con Aristóteles; es obra de Anaxímenes. Su finalidad es absolutamente práctica, carece totalmente de valor filosófico y, básicamente, sigue a Isócrates. No se define la retórica y no aparece ni una sola vez la palabra *retoriké*.

Por el contrario, la *Retórica* de Aristóteles es puramente filosófica y ejercerá una influencia decisiva en todas las determinaciones ulteriores del concepto. “todo lo que es posible en relación con lo verosímil y lo persuasivo”.

Así pues, no es *epísteme* ni *arte*, sino una facultad que, sin embargo, podría alcanzar el rango de arte. No es el *peítbein*, sino lo que se puede alegar en favor de una causa: como el médico que atiende a un incurable. El orador podrá defender una causa dudosa.

Es importante señalar la afinidad entre retórica y dialéctica: una especie de *erística* (en un sentido, arte de descubrir; en otro, simple tendencia a polemizar) ampliada, aunque sea éste un concepto excesivamente estrecho. Aristóteles dice que el tratamiento **filosófico** de una cosa está en función de la **verdad** y el **dialéctico** en función de la **apariencia** o del resultado. Lo mismo se podría decir de la **retórica**. Ambas se resumirían en el siguiente concepto: **el arte de la exactitud en el discurso y en el diálogo**. Esto se opondría a la definición aristotélica:

la dialéctica aparece como un subtítulo de la retórica.

Muy pronto, en vez del *peri hékaston* de Aristóteles (la innovación parece proceder de Hermágoras, que ejerció una influencia considerable y que ligeramente anterior a Cicerón) aparece en *Cuestiones Políticas*, que excluye tanto las investigaciones filosóficas como las relativas a las ciencias particulares. Están comprendidos los conceptos, innatos a todos los hombres, de lo bueno, lo justo y lo bello; son conceptos que no necesitan ser objeto de una enseñanza específica: Nociones Comunes, en oposición a un estudio o a una actividad especializada.

Con anterioridad a Isócrates, las artes más antiguas no contenían más que instrucciones relativas a la composición de defensas judiciales. Isócrates critica esta reducción a la elocuencia deliberativa. El discurso **forense** pretende acusar o defender, el **deliberativo** intenta incitar en una dirección o disuadir de una cosa, la función del **epidíctico** es el elogio o la censura.

### 3.4 Los estoicos: la tecnificación del discurso.

Los estoicos proponen que en todas las formas y en todos los tipos de discurso el orador debe realizar cinco funciones:

1. Descubrimiento del tema central.
2. Disposición ordenada de las distintas partes (disposición de las tesis)
3. Exposición suficiente de cada una de las tesis de modo que el oyente o el lector tenga una idea completa de cada una.

4. Memoria de lo dicho. Recapitulaciones periódicas de lo expuesto, de modo que la atención vaya hacia el todo y no se pierda en las partes.

5. Elocución y ornamento del discurso.

El dominio de estas cinco partes se adquiere de tres modos: por *physis*, disposiciones naturales; por *téchné* aprendizaje teórico y por *áskeis*, ejercicio. **Protágoras** fue el primero que estableció esta tríada, que aparece resumida al principio del texto de Cicerón *Pro Archia Poeta*: “*Si tengo, ¡oh jueces!, Algún talento natural, cuyas limitaciones conozco perfectamente, o si tengo alguna práctica en la elocuencia, en la que no niego ser mediocre, o si en este asunto poseo un conocimiento obtenido en la lectura y en la enseñanza de los mejores autores, a lo cual, debo confesarlo, ningún momento de mi vida se ha resistido...*”.

— o —

Aquí termina la primera parte del **Curso de Retórica, versión de una obra de Nietzsche**, que concluirá en el siguiente número; espero no haber violentado demasiado el espíritu original del filósofo. Ojalá queden en la memoria, aparte de una definición de la retórica, su historia, usos, figuras, y alcance filosófico, el sentido profundo de nobleza que Nietzsche quiso recuperar de los griegos. Un sentido de dignidad asociado al ejercicio bello y argumentado de la palabra. ▲